

SENDEROS QUE SE BIFURCAN

© del texto: José Luis Villacañas Berlanga, 2025

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: enero de 2026

ISBN: 979-13-87833-07-7

Depósito legal: B 22775-2025

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en Sant Andreu de la Barca

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreable y de pasta mecánica. Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

José Luis Villacañas Berlanga

SENDEROS QUE SE BIFURCAN

Una breve historia del poder
de los neandertales a Trump

arpa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. Neandertales o <i>Sapiens</i>	17
2. Akenatón o Moisés	26
3. Tersites o Agamenón	39
4. Calígula o Filón	53
5. Mauricio o Gregorio	65
6. Mahoma o Carlomagno	76
7. Cristóbal Colón o el príncipe don Juan	91
8. Carlos V o Lutero	106
9. Hamlet o Cromwell	119
10. Tocqueville o Donoso	129
11. Disraeli o Bismarck	142
12. Guillermo II o Weber	158
13. Schmitt o Kelsen	175
14. Fukuyama o Trump	196
CONCLUSIÓN	223

INTRODUCCIÓN

«—Tía, háblame, que me da miedo la oscuridad.
—Pero mis palabras no producirán luz
—No, pero se ve más cuando me hablas».

SIGMUND FREUD

Lecciones introductorias al psicoanálisis

Este libro se debe a Álvaro. Fue una conversación larga, excitante, en una circunstancia inédita en la historia del mundo. El último de los imperios hasta la fecha acababa de anunciar, en un gesto extraño, un repliegue sobre sí mismo. Se preparaba la construcción de la gran muralla arancelaria de EE. UU. Estábamos en shock. Así que hablamos y hablamos, quizá para quitarnos el miedo. Lo venimos haciendo desde hace milenios. Contamos historias para disminuir la angustia. ¿Qué historia podríamos contarnos ahora, en esta situación? ¿Y diluiría de verdad la sensación de peligro, de adentrarnos en un tiempo tenebroso y oscuro? ¿Qué condiciones debería tener esta historia? ¿Sobre qué debería tratar?

Álvaro me mostró el libro de Will y Ariel Durant, *Leciones de la historia*. Fue un libro muy popular en los años

sesenta y setenta del siglo pasado, y venía a resumir el trabajo de muchos años de quienes eran señalados por *The New York Times* entre los mejores historiadores de nuestro tiempo. «¿Puedes hacer algo así, pero para el presente?», me dijo Álvaro. La historia larga, la historia de los últimos milenios, tiene una tradición, pero no es la nuestra. Nosotros, que hemos delegado el escribir la historia de España en autores extranjeros, no hemos ni rozado la dilatada historia del mundo. Eso fue cosa de Max Weber, quizás el primero. Luego uno de sus críticos y lectores, Eugen Rosenstock, la llevó a Estados Unidos. De ahí emerge esa afición a la historia del mundo que hoy está de moda, con las obras de David Graeber y de tantos otros.

«Resume lo que has aprendido después de una vida dedicada al estudio», me dijo Álvaro. Seguro que *The New York Times* no dirá que es la obra del mejor historiador de nuestro tiempo, pero algo saldrá. De otro modo, confesaría que una vida de estudio no vale nada. Y hoy, en medio de esta penumbra, debemos creer que sí vale. Esa es una competencia que no podrá sustituir la inteligencia artificial: la de orientarnos en el futuro. Pues el futuro no está escrito.

Una última reserva parecía inevitable. «Lecciones» es una expresión demasiado fuerte. *Lectio*, en la Antigüedad, se dijo siempre del ritual religioso cristiano en referencia a la lectura de la Escritura ante la comunidad. Tenemos que recordarlo para no repetir ese uso. Nosotros no leemos ningún texto sagrado. No tenemos comunidad identificada. Los lectores no lo son. El tiempo, el objeto de esta lectura, nunca ofrece un texto sagrado. Nosotros, los lectores del tiempo, menos. Leer la vida es algo que ni la mente divina ni la inteligencia artificial pueden hacer. Las máquinas pueden leer lo que se ha escrito, lo que hemos comprado, lo que hemos dicho en redes, las fotos que circulan por ahí de nosotros, pero no

pueden leer lo que hemos vivido, la corriente del vivir en el tiempo. No pueden sustituir el recuerdo que fluye ante sus documentos. La convergencia de repeticiones detectadas por la IA ofrece un texto que simula un sentido, pero en realidad el sentido lo ponemos nosotros, los que leemos el texto que ella proporciona. Sin ese sentido que nosotros le damos, el texto no es sino una probabilidad verificada. El sentido que nosotros le damos implica integrarlo en nuestra vida. Y eso quiere hacer una historia: integrar nuestra vida en un relato.

Cierto, si asumimos el viejo dicho latino de «*historia magistra vitae*», debemos aceptar que esa historia maestra de la vida podría dictar lecciones. Pero la expresión sigue siendo tan autoritaria como toda la gama semántica de la palabra «dictar». En general, hoy no nos gusta recibir lecciones, y menos de una maestra tan abstracta, tras la que se oculta siempre una persona con ganas de invocar su autoridad y hacernos callar. Es mejor rehuir estos gestos, propios de otra época. La historia no tiene potencia carismática, no se impone, no avasalla, no silencia.

Hablamos entonces con Álvaro, cómo no, de Stefan Zweig y de sus *Momentos estelares de la humanidad*. ¿Quién no se ha deleitado con esos acontecimientos, cada uno de ellos importante? Zweig escribió ese libro para dar ánimos a los soldados que regresaban de la primera gran guerra, sin conciencia alguna de grandeza ni de experiencia, traumatizados por lo que habían visto en las trincheras. El libro aspiraba a despertar la fe en el género humano, quizá demasiada fe. Ciertamente, este extraño ser humano es capaz de hazañas increíbles, pero también el mal tiene su grandeza demoníaca. Quedarnos extasiados ante la humanidad excepcional nos deja desarmados ante la próxima actuación de esos grandes hombres —por lo general son varones—

que arrastran la historia con su esfuerzo, al tiempo que llevan a miles y millones de seres humanos al sacrificio. Al propio Zweig le cogió por sorpresa la siguiente ocasión de esos «momentos estelares».

No estamos para estas operaciones de idealización. Sabemos todo lo que tenemos que reprimir para idealizar. Acordémonos de Bertolt Brecht y de su poema «Preguntas de un obrero que lee», pues nos muestra lo que hay detrás de «esos momentos estelares».

El joven Alejandro conquistó la India.
 ¿Él solo?
 César derrotó a los galos.
 ¿No llevaba siquiera un cocinero?
 Felipe de España lloró cuando su flota
 fue hundida. ¿No lloró nadie más?

Zweig no era el obrero que hacía estas preguntas y quizá no leyó a Brecht. Pero nosotros sí. Así que nada de momentos estelares de la humanidad. Ni lecciones, ni momentos estelares. ¿Entonces qué?

«Tú sabrás», me dijo Álvaro. «Tú eres el filósofo». *Touché*. Yo soy el filósofo, pero ¿qué es ser filósofo hoy? No hay institución más vaga que la filosofía. De entrada, ni siquiera es una institución. Son individuos que simulan formar una institución, pero la suya propia es su individualidad. El interés fundamental del filósofo es por sí mismo, no por el mundo. Sus afectos preferidos son un concepto aquí, otro allá, e infinitas distinciones que le hacen creer que «comprende» el mundo. Así que lo más probable es que lo que diga el filósofo actual solo le interese a él y a su pequeña secta. Por mi parte, solo tengo a mi favor una cosa. Desde hace mucho tiempo no quiero ser ese tipo de filósofo. Tengo tanta hambre de mundo como de conceptos. He leído a

Max Weber, cosa que recomiendo a mis colegas. Esa hambre de mundo puede producir un destilado de noticias que quizá le interese a los demás. Por eso cedí y Álvaro ganó.

Este es mi planteamiento, sin lecciones y sin momentos en los que brillaron los grandes hombres. Solo recuerdos ordenados. Una historia. Pero ¿recuerdos ordenados de qué y para qué? Esta es la cuestión que abordo desde aquel día, desde aquella conversación bajo circunstancias extrañas. Recuerdos ordenados de aquellas otras ocasiones en que se dieron circunstancias parecidas, momentos extraños, traumáticos, en los que se tomaron decisiones que llevaron a la humanidad rumbo a lo desconocido. Momentos de miedo, de inquietud, de zozobra, de oscuridad. Momentos en que se enfrentaron, simbolizados por diferentes nombres, opciones distintas para continuar la historia. Momentos de oscuridad en los que todo se jugó a cara o cruz. Tenemos una indicación del qué, del objeto de narración de esta pequeña historia.

Hasta aquí el hambre de mundo. Ahora el para qué, el hambre de concepto. Ese «para qué» dice: orientación. Hay dos filosofías. Una pretende fundar algo o «desfundarlo», que es lo mismo, aunque más pretencioso. Otra busca ofrecer orientación. Desde antiguo, los humanos se orientan en el horizonte que se abre en el espacio por medio de las constelaciones celestes. Estas son fruto de su imaginación, porque las figuras celestiales no son reales. Pero, cuando nos adentramos en el horizonte del tiempo, no hay cielo alguno que nos ilumine. El futuro es un libro vacío, y ante sus páginas en blanco, el humano está solo con su angustia. Aquí, la oscuridad es impenetrable. Esta es una de las razones más poderosas de la violencia humana y de ese fastidio para con el tiempo que lleva a los apocalípticos a desear acabar de una vez. Pero, por lo general, la oscuridad del futuro nos

hace ir pertrechados para lo que pueda pasar. Ahí reside la fuente de nuestras prevenciones. Ante lo ignoto es mejor ir bien armado.

La mejor arma en estos casos es la inteligencia. El ser humano ha triunfado gracias a ella. La inteligencia brota de la experiencia y del recuerdo. Cuando te internas en un tiempo en el que no sabes lo que te vas a encontrar, al menos has de tamizar las representaciones de las que dispones para identificar lo conocido y así detectar lo extraño y desconocido. Eso son los conceptos: representaciones refinadas del mundo. Frágiles, inseguras, provisionales, pero es lo único que tenemos para reconocer algo o estar alerta ante otra cosa desconocida. La inteligencia es el arma. Eso es lo que salvó al ser humano cuando se internó por la sabana, un espacio abierto en el que no se ve al depredador, en el que puedes ser cazado por el infatigable e infalible cazador que es el tiempo.

Este libro quiere construir unas cuantas constelaciones para refinar nuestras representaciones antes de internarnos en el tiempo oscuro que nos espera. Brotan de los momentos en los que se producen bifurcaciones de senderos que obligaron a los seres humanos a internarse por un nuevo laberinto, sin capacidad de prever las consecuencias. Quizás así podamos tener alguna previsión. Hoy solo disponemos del recuerdo de esos *carrefour* para conjeturar las consecuencias que puedan seguirse del sendero que tomemos en nuestro cruce de caminos. La historia no es una maestra ni es grandiosa. No da lecciones. Pero, como el oráculo, ofrece indicios, señales. Nunca unívocas, siempre en bifurcaciones. Entra en nuestra vida cuando nos da razones para elegir qué camino tomar.

Por lo general, las decisiones que comenzaron los caminos irreversibles no fueron grandiosas, sino humildes, vacilantes, inseguras, inconscientes. Las tomaron sencillos

seres humanos que solo *a posteriori* fueron grandes. Seres humanos que estaban al lado de los cocineros. Todos vivían tan dominados por la sensación de riesgo como nosotros. De algunos de ellos conocemos sus nombres. Algunos aparecen en este libro. Están aquí por economía. Son símbolos de opciones, de caminos alternativos, de decisiones a las que su humanidad no hace sino prestarle su fragilidad, su contingencia. Esos nombres son cristalizaciones de sentido, construcciones que permiten intuir la totalidad específica de una situación anónima, en la que las fuerzas reales bu llen en el subsuelo al que ellos de alguna manera dan forma.

Pero lo crucial, lo decisivo, es lo que se acabó produciendo a lo largo de estos senderos tomados frente a otros en los cruces de caminos, en las bifurcaciones. Orientarnos, pero ¿sobre qué? No debemos llevarnos a engaño. Lo que se teje en estas situaciones laberínticas, lo que une los caminos que se emprenden una y otra vez, es una historia muy concreta. *Es la dialéctica de los poderes imperiales*. Debemos orientarnos respecto de la pulsión muy reciente —o quizá no tanto— de los seres humanos de intentar defenderse del fastidio del tiempo mediante la construcción de poderes imperiales. Y frente a ellos, otros seres humanos han apostado por la pluralidad de las formas de gobierno. Son dos opciones diferentes, como espero mostrar en este libro. Los nombres que siguen son símbolos de esas luchas y esos enfrentamientos. La relación entre *poder y gobierno* siempre se juega en las situaciones en que la historia parece colocada ante un cruce de caminos. Algo en el poder pide el imperio. Algo en los seres humanos pide el gobierno. Nada pide que esa lucha cese. Esa lucha entre estos dos principios sigue en pie y acompañará la historia de este planeta mientras haya seres humanos. En este cruce de caminos estamos ahora. Ojalá tomemos el camino hacia la pluralidad.

Narrar los cruces de caminos, los senderos que se bifurcan para orientarnos en las luchas entre los poderes imperiales y las formas de gobierno, y tomar el camino adecuado, con independencia de lo que hayamos recorrido antes; iluminar algo de aquellas decisiones, las conductas a las que obligaron, los miedos de los que partieron, las circunstancias en las que se tomaron, las consecuencias imprevistas que siguieron: eso es todo lo que puede darnos la historia. El resto es intentar reconocer la afinidad con las decisiones que hemos de tomar y orientarnos en ellas. Porque, según tomemos uno de esos senderos que se bifurcan, tendremos que orientar el combate que es inseparable de la historia y arrostrar consecuencias que podemos anticipar hasta cierto punto. El combate contra el cazador del tiempo lo han vencido siempre mejor los gobiernos que los imperios. Y esto debería orientarnos, a nosotros, los que tenemos experiencia de que fue así, los que deberíamos desear que volviera a serlo. Y de esta manera se ha forjado el título de este libro. Se trata de describir los «senderos que se bifurcan» para orientarnos en la oscuridad que siempre alberga el futuro de los poderes imperiales que nos ha tocado vivir.

El lector se preguntará, con razón, dónde están las mujeres en esta historia. Solo puedo responder que los portadores de la pulsión imperial que recorre los últimos milenios de la humanidad se han encarnado, salvo contadas excepciones, en hombres. Los defensores de la pluralidad y del principio de gobierno tenemos esperanzas de que estas formas identificadas proliferen porque se encarnen en mujeres. Mientras no sea así, la historia del poder tendrá los rasgos que describe este libro. Como lo expresó uno de nuestros personajes en una carta a su esposa.

I

NEANDERTALES O SAPIENS

Sapiens y neandertales fueron, durante mucho tiempo, formas humanas contemporáneas. Los neandertales más antiguos aparecieron hace ahora unos 400.000 años, mientras que los *sapiens* irrumpieron un poco después, hace unos 300.000 años. Cuando estos, procedentes del África centro-oriental, llegaron a Eurasia, los neandertales ya estaban bien establecidos en esas tierras. Sin embargo, alrededor de hace unos 40.000 años, los neandertales ya habían desaparecido. Para nosotros es de crucial importancia pensar la razón de su extinción y la del triunfo rotundo del moderno *Homo sapiens*. En esta contraposición tiene lugar nuestra primera escena, pues en realidad ese fue el primer sendero que se bifurcó en nuestra evolución biológica y cultural, sobre la que podemos decir algo razonable. El camino evolutivo que entonces se inició ha marcado nuestra historia como especie porque, según vamos a ver, los *sapiens* triunfaron porque encontraron formas comunicativas eficaces y capaces de gobernar grupos humanos más amplios y complejos. Sin duda, como ha quedado registrado en la memoria mítica, estas herramientas tuvieron que ver con estructuras lingüísticas más articuladas

y precisas. Aquí hunde sus raíces la tendencia de la humanidad, incansable desde entonces, a configurar grandes grupos humanos, lo que produce de forma continua la necesidad de mejorar su capacidad de gobierno. La historia de esta pulsión es la que pretende contar brevemente este libro.

Es lo que dicen los antropólogos. Los neandertales tenían la misma técnica lítica que los *sapiens*. Ya unos y otros podían tallar bloques de piedra con una finalidad compleja. Usaban el bloque principal para una teleología secuencial; sabían que obtendrían unos primeros residuos que usarían para fines secundarios, como puntas de flechas, punzones, pequeñas lascas cortantes. Todos los analistas sugieren que unos y otros gozaban de representaciones arquetípicas, que usaban como modelos directivos y que comparaban el bloque intacto, o los restos ya trabajados, con lo que constituía su aspiración y su meta. Por supuesto, desde antiguo podían lograr una talla simétrica, lo que implicaba la capacidad de retener una cara de la talla en la conciencia y trabajar la otra imitando la que no veían, pero que tenían presente. Las capacidades mentales de estos dos grupos humanos no debían de ser muy diferentes. Tenían que jugar con la capacidad de captar formas como unidades de elementos organizados en una totalidad, una síntesis de aprehensión, como diría Kant; ambos debían mantenerla en la mente como modelo y comparar el resultado de su acción con ese modelo, para luego desechar los resultados no coincidentes con él, como si se atuviesen a una norma o regla. Como cabe suponer, estaban en condiciones de transmitir esas formas de actuar en procesos comunicativos específicos, de naturaleza mimética, aunque consciente, dirigida, y con

capacidad de corregirse. En los yacimientos que nos han dejado ambas estirpes humanas se encuentran numerosos restos de industria lítica que sugieren verdaderos talleres comunitarios, una actividad concentrada en un espacio y un tiempo, lo que implica una clara socialización de estas prácticas, con procesos comunicativos intensos.

Al parecer, ambos grupos no solo compartieron la misma técnica achelense, que surgió incluso antes de la emergencia del *sapiens*. También habitaron cavernas, aprendieron a cubrirse y protegerse del frío, generaron un arte más o menos refinado de coser pieles para cubrir el cuerpo y pudieron dominar el fuego. Cabe la posibilidad de que ambos grupos fueran capaces de mimetizar hallazgos y desde luego parece que se mezclaron genéticamente. Incluso sabemos que el neandertal era más corpulento que el *sapiens*. Al habitar cavernas, es casi seguro que ambos grupos pudieron gozar del sueño profundo y, por tanto, admirar esas misteriosas representaciones de los sueños, con la irresistible aspiración de dominar sus imágenes rutilantes mediante la pintura. No hay duda de que, si vivieron en las cavernas y dominaron el fuego, conocieron la inquietante presencia de las sombras, y con facilidad, los estados sonámbulos inducidos por el humo, y que se harían con el fascinante juego de las proyecciones de las cosas, un gozo de la eficacia de la potencia creadora de su voluntad. Con esa fortaleza creciente de la imaginación, seguro que recordarían las imágenes de sus muertos y temerían su presencia, una que en modo alguno estaba sometida a su poder y que irrumpía de forma misteriosa en sus sueños. El mundo mental de estas dos estirpes podría ser muy parecido. Por lo demás, habitaron espacios bastante cercanos. No estuvieron sometidos a catástrofes ambientales diferentes ni a condiciones de hábitat distintas. La caza, la pesca, la

recolección debían de ser igual de generosas o de mezquinas para ambos grupos.

Pero, si todo esto fue así, ¿por qué un grupo sobrevivió y el otro se extinguió? ¿Y por qué desapareció el más corpulento? ¿Cuál fue la diferencia, si ambos se beneficiaban casi por igual de la herencia de varios millones de años, desde que el *Australopithecus ergaster* abandonó la foresta expulsado por el fuego y la lava de los volcanes del valle del Rif, en el África centroriental? ¿Qué le otorgó al *sapiens* la superioridad evolutiva que implicó el monopolio del dominio sobre la Tierra, de tal manera que todos seamos la misma especie y llevemos la misma carga del ADN mitocondrial? ¿Por qué perdieron la batalla los neandertales?

Saber la respuesta a esta pregunta es decisivo para entender qué es lo que, en una situación de competencia, concede a un grupo humano su capacidad de supervivencia. Por supuesto, no podemos pensar que lo que hizo triunfar al *sapiens* escapa a la forma evolutiva que ha determinado el triunfo de algunas especies sobre otras. Lo que podemos decir es que lo determinante no fue la técnica; ni siquiera la posesión de símbolos o ritos. Lo decisivo tuvo que estar relacionado con una mutación genética que permitió un uso recursivo más intenso de capacidades ya conquistadas por ambas estirpes. En este caso permitió la intensificación de la inicial distinción fonética.

Parece ser que esa mutación biológica fue una pequeña variación que no tiene una gran traducción evolutiva en la diferenciación de la carga genética, es decir, que apenas altera la cadena de ADN. También desde este punto de vista no hay diferencias biológicas entre los grupos humanos que haga posible un resultado tan drástico. La mutación tuvo lugar a nivel de la faringe y quizá fue favorecida por una completa adaptación al caminar erguido y a la posición de

la cabeza que desde antiguo había facilitado la encefalización. La consecuencia fue una mayor capacidad para articular sonidos. Desde los primates, la articulación de sonidos, fruto de una expresividad sobrecargada por la conciencia de la amenaza o por la intensidad emocional, había resultado decisiva para anunciar peligros. En un entorno tan protegido como la foresta, al parecer los primates solo podían articular sonidos para expresar el peligro del águila y el de la serpiente. Los grados expresivos de otras emociones no eran comunicados con sonidos pautados y su intencionalidad se completaba con la rotundidad de gestos y acciones. El lenguaje articulado —como supo Lev Vygotsky— es un hallazgo evolutivo tardío. Llama la atención que actualmente se asigne a la época del final de la cuarta glaciación, justo en el momento en que desaparecieron los neandertales.

Surge así la hipótesis de que lo que culminó el triunfo del *sapiens* fue un lenguaje más articulado, capaz de ofrecer señales fonéticas objetivas de anuncio, búsqueda, orden, sorpresa, deseo, carencia; esto es, fonemas mucho más amplios y elaborados, más nítidos y menos sujetos a malentendidos o confusiones de los sonidos. Eso mejoró las condiciones de comunicación. Un lenguaje más articulado no solo permite un reconocimiento más elaborado de la realidad, sino que posibilita una comunicación más unívoca entre el grupo y facilita sistemas de transmisión del conocimiento menos sostenidos por la imitación y la exhibición de objetos y prácticas. Esta capacidad libera a la comunicación de la presencia, y así facilita los acuerdos en ausencia de objetos, que tienen por cierto más eficacia preventiva. Las ventajas en economía comunicacional son inmensas. Avisar de forma inequívoca, informar de lo que vemos a quienes todavía no lo ven, indicar lo que se quiere buscar, expresar lo que deseamos o lo que necesitamos, toda esa estructura de cooperación

y delegación se hace más fácil, eficaz y económica. El ahorro de tiempo y espacio es espectacular y determina toda la economía del grupo. Si, como sabemos, el descendiente del *Homo erectus* solo pudo sobrevivir por la cohesión grupal —esto es válido para todo el género *Homo*—, entonces un lenguaje articulado es decisivo para dos cosas: primero, para comunicar de forma rápida, nítida, inmediata, lo necesario para el grupo en una situación de carencia y alarma; segundo, para establecer una delegación más funcional, una división de tareas y funciones capaz de ser comunicada y, por tanto, de generar estructuras de cooperación. Estas ventajas no solo permiten configurar formas más eficaces de supervivencia. En caso de que dicha supervivencia genere grupos más amplios, con el lenguaje articulado se podrá mantener la cohesión y la cooperación, la delegación y la diferenciación de tareas. En suma, el lenguaje articulado fue decisivo para mejorar la autoconservación. Fue un dispositivo evolutivo de primer orden. Que ese momento de la evolución fue muy reciente en la escala evolutiva, se muestra en que ha dejado memoria mítica.

Según esta memoria, este recurso evolutivo —que por supuesto dispone de una larga historia de presión comunicativa y ampliación fonética previa— fue decisivo en las condiciones de estrés climático que conocieron nuestros ancestros comunes en la cuarta gran glaciación. Obligados a vivir en las cavernas, los grupos humanos debieron hacer frente a situaciones muy complicadas, en las que es menester resaltar las tensiones derivadas de la convivencia en ámbitos estrechos, en donde las dificultades para organizar al grupo debieron de ser enormes. El lenguaje tuvo que contribuir a ello de forma eminente, tanto como el arte, la primera simbología, y los rituales más elaborados, todo ello también conocido y usado por los neandertales. Sobre este complejo de

elementos, el lenguaje más articulado configuró rendimientos de cohesión grupal más intensos. Las ventajas biológicas son ingentes. Un grupo humano más numeroso permite menos emparejamientos endogámicos, lo que permite a su vez escapar más fácilmente a la involución genética. Pero hay mucho más en juego. El dominio de las palabras concede a los ancianos la capacidad de orientar a la comunidad y bloquea la mera fuerza como elemento director del grupo. La maestría en el uso del lenguaje, por limitado que este sea, genera la primera estructura de autoridad. Narrar se convirtió, así, en un modo de aprendizaje en escenarios por completo ajenos a las situaciones de peligro. La memoria mítica del lenguaje supone una autoconciencia respecto de la condición de posibilidad del propio relato mítico.

Ello está conectado con acontecimientos sociales decisivos que tuvieron lugar en ese tiempo. En efecto, contamos con las huellas de la enorme relevancia de las mujeres mayores, que no podían parir, pero podían educar. La institución de las madres, referida a las abuelas, debió formarse en esa época. No sabemos cómo, pero este hecho pronto se conectó con las señales inequívocas que indicaban que no se era una mujer fértil. La menopausia como hecho biológico se ajustó a ritmos sociales y legitimó a las madres como institución educativa. No podían parir, pero podían ayudar al grupo. Lo mismo debió de pasar con los que, por su lenguaje, podían decir lo que no existía ya ni estaba presente. Los débiles, los que no podían realizar trabajos de fuerza, todavía podían hacer algo: hablar, contar lo que ya no podían experimentar. Por supuesto, estos comportamientos podían apoyarse en *ethoi* o formas de conducta animal. Eran «prácticas» animales. Pero ahora incluían hablar y decir. La articulación del lenguaje organizó el grupo, generó autoridad diferenciada. Dentro de la caverna era relevante una cosa;

fuera, otra. La continuidad entre ambos espacios y la división de tareas la garantizó el lenguaje.

Se ha querido explorar el tiempo de los *sapiens* como consecuencia de una evolución cerebral que privilegió las áreas frontales, frente al cráneo de los neandertales. Pero sabemos que lo que acelera los cambios evolutivos del cerebro es su propio uso. Sin duda, los *sapiens* desplegaron evolutivamente el cerebro, pero este órgano no crece tanto por mutaciones biológicas o genéticas, cuanto por intensidad funcional. Al caminar erguidos, perdimos la orientación por el olfato, pero desplegamos dos terminales ópticos. El cerebro es un órgano tan adecuado para ajustarse a cambios continuos que no necesitamos esperar al ritmo lento de la adaptación basada en la evolución biológica. Todas las diferencias que se aprecian en el cerebro de *sapiens* y neandertales pueden explicarse como consecuencia de la intensificación de las necesidades asociativas que requiere un lenguaje articulado. Que este fuera mejorado por pequeños cambios biológicos en la laringe, o por la posición y forma del hueso hioides, se debe quizás a la evolución biológica. Pero que, tras la mejora del lenguaje articulado, nuestro cerebro se ordenara en una expansión sináptica, se debe a la evolución cultural y a la mejora e intensidad de la comunicación. Que con el lenguaje el grupo alcanzara una articulación capaz de diferenciar funciones y autoridades mucho más complejas, todo eso aceleró recursivamente la evolución neuronal, siendo esta siempre el punto de conexión del lento ritmo evolutivo orgánico y la rapidez evolutiva cultural. Las madres, los ancianos, las abuelas, los cazadores, las personas recolectoras fueron estructuras de autoridad, cada uno de ellos dotado de la capacidad de comunicarse con los demás.

En conclusión: la caverna significó una institución que albergó en su seno un sistema complejo de gobierno. Antes existían, sin duda, estructuras de liderazgo, como en todos los grupos animales. Ahora, tales estructuras se hicieron plurales. Contra todo pronóstico, un débil, un enfermo, un anciano podía ser líder en algunas tareas, a condición de que hablara y dominara un lenguaje articulado capaz de animar el tedio, de dirigir el ritual, de exhortar al grupo antes de partir de caza, de recordar las grandes cacerías, de nombrar los lugares de cosechas, las fuentes o manadas, de contar y enseñar a las crías. Esa articulación del lenguaje fue el reflejo de la riqueza organizada del grupo y eso indujo cambios sinápticos crecientes. Alguien con un lenguaje más pobre no habría podido mantener cohesionado un grupo más amplio. Y un grupo más amplio tiene siempre más oportunidades de conservación y de sustraerse a las inclemencias involutivas de la endogamia. De forma recursiva, ese grupo mantendrá un acopio de experiencias y de memoria y dispondrá de una capacidad de transmisión más fuerte. Todo eso se registrará en estructuras sinápticas más complejas, que, a su vez, aumentarán las capacidades comunicativas. La espiral de la evolución cultural había comenzado. Daba igual lo estrecho de su primera circunferencia. El crecimiento estaba asegurado. Esta conjunción de circunstancias podría explicar el triunfo del *sapiens* a pesar de tener la misma técnica y menos fuerza que el neandertal. El lenguaje fue desde entonces la forma universal de gobierno de los humanos. El mito de Prometeo, que llega a la filosofía de Aristóteles, lo recuerda. Pues en realidad no hacía mucho tiempo de eso. Desde ese momento, los grupos humanos no han dejado de crecer.